

12. La noche de Navidad del año 1075 fue el Pontífice, según costumbre, á celebrar á Santa María la Mayor, sin detenerse por una lluvia tempestuosa y tan abundante, que apenas se atrevían á salir de casa las gentes del pueblo, con cuyo motivo fueron muy pocos los que asistieron á la función. Cencio no perdió una ocasión tan favorable, antes bien acudió á la iglesia con un tropel de gente armada. El Pontífice que estaba celebrando la primera misa, llegaba á la comunión del pueblo, cuando de repente se oyó una gritería furiosa. Recorrieron los conjurados toda la iglesia con espada en mano, apartando á golpes á todos los concurrentes. Apoderáronse del Papa, y ansiando uno de ellos cortar la cabeza, le hizo una herida de la que manó mucha sangre. Sacáronle del templo, tirándole de los cabellos y maltratándole en extremo, aunque no opuso la menor resistencia, contentándose con dirigir al cielo sus ocultas quejas. Quitáronle precipitadamente el palio, la casulla, la túnica y la dalmática, y se le llevaron el alba y estola.

13. No tardó en difundirse por todos los barrios de la ciudad el rumor de este atentado sacrilego. Interrumpiéronse los oficios en todas las iglesias, se quitaron los adornos de los altares, se tocaron las campanas y las trompetas, y se pusieron guardias en todas las puertas para impedir que sacasen de Roma al Pontífice, en caso de que no estuviese ya fuera de la ciudad, porque ignoraban su paradero. Estando reunido el pueblo en el capitolio, dijeron algunas

personas que el Papa se hallaba preso en la torre de Cencio. Corrieron al momento á la casa del malvado, y acometieron con furor á cuantos cómplices y satélites suyos se presentaban, quienes huyeron al primer choque encerrándose en la torre. Buscaron arietes y todo género de máquinas para embestirla, llevó el pueblo una gran porción de leña, y encendieron hogueras al rededor para que no se escapase ninguno de aquellos monstruos. Entretanto un fiel generoso y una señora de distincion que se habían determinado á acompañar al Papa hasta dentro de la torre, trabajaron en curarle la herida, y le abrigaban para preservarle del frío de la estación. Al contrario la hermana de Cencio no cesaba de ultrajarle; y prorumpiendo en amenazas y blasfemias un criado indigno, estaba ya desenvainando la espada para cortar la cabeza, cuando una flecha disparada con destreza hirió en la garganta al blasfemo, y le dejó muerto allí mismo.

Viendo Cencio que era imposible escapar de su odiosa guarida, se echó á los pies del Papa y le pidió perdon, prometiendo hacer penitencia. Habiéndole perdonado el Pontífice, se asomó á una ventana, y se esforzó á dar á entender al pueblo por señas que se tranquilizase. Pero creyendo la multitud que pedia socorro, redobló sus esfuerzos, escaló la fortaleza, y sacaba ya de ella al Papa, cuando viéndole todo cubierto de sangre, se encolerizó de tal manera que apenas pudo Gregorio contener su primer ímpetu. Pero dirigiéndose al punto á Santa María la

Mayor, donde quiso acabar los divinos oficios, se llevó consigo todo el concurso del pueblo, el que trató menos de la venganza que de la conservacion de aquel á quien habia tenido la fortuna de volver á encontrar despues de tantos peligros. Aprovechóse Cencio de este momento para escaparse con su familia y sus cómplices. Fueron saqueados todos sus bienes, se destruyó á sangre y fuego, no solamente la torre, sino todo lo que tenia Cencio en la ciudad y fuera de ella, y se le condenó á un destierro perpetuo. No tuvo mas arbitrio que renunciar una morada donde no habia ya para él ninguna seguridad; pero prolongó los tristes efectos de la sedicion, é hizo horribles estragos fuera de Roma.

14. Fomentó poderosamente Guiberto de Ravena por su parte esta rebelion impía: conspiró con secreto con Thedaldo de Milán y con todos los malos obispos de Lombardía, que se unieron con el cardenal Hugo el Blanco, uno de aquellos legados avaros y tiranos que deshonoró mas que otro alguno el ministerio cuyas prerogativas ensalzaba con el mayor entusiasmo. Escitaron fuertemente todos juntos á Roberto Guiscardo contra el Papa, é inspiraron al Rey Enrique la audacia necesaria para manifestar toda la malignidad que habia tenido oculta hasta entonces. Animó principalmente á este Príncipe el que acababa de terminar una guerra civil, cuyos peligros le habian inspirado un respeto fingido para con la santa Sede, y una moderacion poco conforme á su carácter.

15. Como empezaba ya á descubrir sus verdaderas intenciones, le escribió el Papa con el vigor que acostumbraba. Comparó los testimonios de amistad y de veneracion que le habia reiterado tantas veces este Príncipe, con unos procedimientos que solo demostraban odio y desprecio (1). Le reprendia especialmente Gregorio por haber comunicado con los enemigos de la santa Sede, conocidos por tales y anatematizados, le mandaba que se separase de ellos, que los obligase á hacer penitencia, y que la hiciese él mismo; y le negaba la bendicion pontificia hasta que hubiese sido absuelto, y se tuviese en Roma noticia positiva de su satisfaccion.

16. No guardó ya el Rey ningun respeto ni miramiento (2). Pasó á Worms con un número muy considerable de obispos y de abades, el domingo de septuagésima 23 de Enero del año 1076. El cardenal Hugo el Blanco, que acababa de ser depuesto como fautor de simoníacos y reo de otras muchas prevaricaciones, no dejó de concurrir á aquella junta de iniquidad, llevando consigo unas memorias fabulosas de toda la vida del Papa desde su infancia, del modo con que se suponía que habia usurpado la santa Sede, y de otros delitos imaginarios cometidos por él antes y despues de su exaltacion. Es muy regular que estas calumnias no se diferenciase de las que se contienen en los escritos del cardenal Bennon, que era tambien partidario del Antipapa Guiberto.

(1) *Greg. VII. lib. 3. Epist. 10.* (2) *Lamb. pag. 234. = Vit. Greg. VII. cap. 7.*

Basta para hacer juicio de la obra y del autor la simple inspeccion de estos libelos, llenos de citas vagas y destituidas de toda verosimilitud, de prodigios ridículos, de operaciones de magia, de necromancia y de mil cuentos absurdos. Presentó igualmente Hugo unas cartas supuestas de los cardenales, del senado y del pueblo romano, en que despues de las acusaciones mas graves contra el Papa Gregorio, pedian al Rey Enrique su deposicion y la eleccion de otro Pontífice. Oyeron los prelados reunidos á este calumniador impío como si fuese un ángel descendido del cielo, y declararon desde luego á Hildebrando indigno del pontificado. Mas cuando vino el caso de firmar, observaron que la mayor parte de los obispos aterrados ya con el primer paso que habian dado, pusieron su firma con violencia.

17. El Rey dirigió cartas á todos los de Lombardia, para que consintiesen en la condenacion del Papa; y los obispos que estaban ya muy mal preparados en aquellas provincias, se reunieron en Pavia, donde juraron que no reconocian á Gregorio por Sumo Pontífice. Despues de esto enviaron diputados á los que no habian podido asistir, para exigir de ellos el mismo juramento. Osó tambien Enrique escribir al clero y al pueblo de Roma, esponiendo los cargos formados contra Gregorio, que eran haber tratado indignamente á los obispos, haber puesto la mano en ellos, haberse esforzado á sublevar el reino de Italia, y haber llegado su furor al extremo de declarar al Rey, que aunque peligrase su propia exis-

tencia, le habia de despojar de la vida y del reino. De aquí se deducia que el vasallo mas fiel debia ser el mas ardiente en rebelarse contra aquel falso pastor; y que no habia mas que un partido que tomar, esto es, arrojarle de la Silla apostólica, y sentar otro en su lugar de acuerdo con ellos y con todos los obispos. Habia el concilio de Worms unido sus cartas á las del Rey, y en ellas exigia del Pontífice que cediese su Silla que habia invadido contra las leyes de la Iglesia, teniéndose desde aquel dia por nulo cuanto mandase y dispusiese.

18. Hubo quien tuviese la osadía de llevar semejante declaracion (1). Rolando, clérigo de la Iglesia de Parma, se puso en camino con aquellas cartas, y llegó á Roma cuando iba á celebrarse el concilio anual de la primera semana de cuaresma. Reunidos los padres, entró en el lugar de la asamblea, presentó sus despachos al Papa, y le dijo con descaro: „el Rey mi amo y todos los obispos ultramontanos y cismontanos os mandan que dejéis al punto la Silla que habeis usurpado.” Volviéndose despues al clero romano: „os advierto, hermanos míos, añadió, que para el dia de Pentecostes habeis de presentaros al Rey, á fin de recibir otro Pontífice de su mano, porque ese no es pastor, sino lobo rapáz.” La admiracion que causó una escena tan inesperada, tuvo á todos los espectadores en una incertidumbre y en una especie de elevamiento, que proporcionó al osado parmesano todo el tiempo necesario para repre-

(1) *Chron. Mag. Ms. ad. ann. 1076.*

sentar bien su papel. Luego que acabó, se levantó Juan, obispo de Porto y empezó á gritar diciendo: *detenedle, prendedle*. Arrojándose sobre él el prefecto y la milicia de Roma con espada en mano, se puso el Papa delante, y le defendió con su cuerpo para salvarle la vida.

19. Refrenado el primer ímpetu con bastante trabajo, y hecha señal para que guardasen todos silencio: „hijos míos, exclamó, prefiramos la paz y la caridad de Jesucristo al espíritu de venganza. Estos son los tiempos tempestuosos que se nos predicen en los libros santos: es necesario, según la palabra del Señor, que haya escándalos, y que nos consideremos como ovejas en medio de los lobos. Debemos reunir á la prudencia de la serpiente la mansedumbre de la paloma; obligacion nuestra es odiar el delito sin aborrecer al delincuente, y compadecer á los insensatos que violan la ley de Dios. La Iglesia ha gozado una paz bastante larga, y el Dios Omnipotente quiere regar todavía su mies con la sangre de los Santos. Preparémonos al martirio, y no violemos la ley de amor que incita á sufrirlo. Pero á medida que debemos mostrarnos generosos con el olvido de nuestros intereses personales, debe ser también el celo que manifestemos por la causa de la Iglesia. Tenemos sus rayos en la mano: muramos si es menester, pero acabemos antes con el dragon que quiere destruirla.” Proponia el Pontífice bajo este emblema anatematizar al Rey Enrique, y privarle de la dignidad real; lo que aprobó todo el concilio. Emplea-

ron toda la noche en tratar de esta resolución, y quedó unánimemente confirmada.

Al día siguiente cuando volvieron á reunirse, mandó el Papa que se leyesen las cartas del Rey, poniendo por testigos á la Madre de Dios y á los Santos Apóstoles, de que habian subido contra su voluntad á la Silla apostólica, y pronunció la sentencia de condenacion en estos términos (1). „En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y usando de la potestad que he recibido de atar y desatar en el cielo y en la tierra, prohibo á Enrique, hijo del Emperador Enrique, que gobierne los reinos de Italia y Germania: absuelvo á todos los fieles del juramento que le han hecho ó le hagan, y declaro, que nadie debe servirle ya como Rey. El que atenta así contra la autoridad de la Iglesia, merece perder la dignidad de que está revestido. En el nombre de Pedro, quede oprimido con la carga del anatéma, para que sepan los pueblos por experiencia, que sobre esta piedra edificó su Iglesia el Hijo de Dios vivo, y que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno.” Enviaron al punto este decreto fatal á los fieles de todas clases y condiciones, siendo la primera sentencia de esta naturaleza que se habia pronunciado contra un Soberano. Tal fue en el siglo siguiente la reflexion de Oton de Frisinga, historiador católico y muy adicto á los Papas.

20. Escomulgó Gregorio VII en este mismo concilio á todos los prelados cómplices en el cisma, ale-

(1) Tom. 10 Conciliar. pag. 356.

manes y lombardos, y particularmente á Guillermo de Utrecht, á Roberto de Bamberg y á Sigefredo de Maguncia, que fue además depuesto como principal autor del escándalo (1). Sin aterrarse al ver el número y las extraordinarias dificultades que se suscitaban en todas partes, el intrépido Pontífice fulminó también la excomunión por varias causas contra el arzobispo de Viena en Francia, contra los obispos de Grenoble, Pui y Agda, y contra otros muchos eclesiásticos y señores de la misma nación.

Ardia entretanto en Alemania contra el Pontífice un volcan de sediciones. No cesaba principalmente Guillermo de Utrecht de ultrajarle con invectivas y calumnias, y apenas habia fiesta en que predicando durante la misa no hiciese resonar el santuario con los dictados de traidor, adúltero y perjuro, con que infamaba al Vicario de Jesucristo. Estando el Rey Enrique por Pascua en la ciudad de Utrecht, el ardiente prelado abusó mas que nunca de su elocuencia escandalosa. Mas poco despues de partir el Rey, acometió á Guillermo súbitamente una enfermedad violenta, y dolores agudísimos; esplicóse entonces en muy distinto lenguaje, esclamando con voz lamentable en presencia de todos, que por justo castigo de Dios perdía la vida presente; y la eterna por haber favorecido contra su conciencia la impiedad del Rey, llenando de oprobios al Papa Gregorio, cuando le constaba que era un santo y el verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Murió á lo que se cree sin sacramen-

(1) *Gest. Frid. lib. 2. cap. 1.*

tos, en medio de esta especie de desesperacion.

21. El temor de Dios por una parte, y por otra el espíritu de adulacion, tenían divididos los ánimos entre el Papa y el Rey en Alemania y en Italia. Respondieron muchos obispos consultados por los señores seculares, que nadie podia juzgar, y mucho menos excomulgar al Papa. Los partidarios del Rey decían también, que un Soberano no podia ser excomulgado; pretension que no era difícil confundir, supuesto que el poder de atar y desatar concedido á Pedro, no exceptuaba á nadie, como lo demostró el Papa Gregorio. Discutieron mucho el asunto sin ilustrar la cuestión, porque se procedía de un principio falso. No trataban de si los Reyes podían ser excomulgados, sino indagaban si la excomunión los privaba de su potestad, y no habia quien advirtiese esta distinción tan sencilla y tan natural. Los dos partidos convenían en que un Príncipe separado de la Iglesia no puede gobernar sus estados: y de aquí resultaban las pretensiones del Papa contra la potestad temporal, que oponiendo á ellas la fuerza, se revestia de cierto aire de tiranía y de impiedad al propio tiempo que sostenía unos derechos tan divinos como el que se alegaba para combatirlos.

Hallamos con efecto una confusión absoluta de dos cosas tan distintas, á saber, la excomunión y la deposición de los Príncipes, en la carta de Gregorio VII á Herman, obispo de Metz, que despues de haber seguido por pusilanimidad el partido del Rey, habia vuelto á la obediencia del Pontífice. Remite á las